

DONACION

ms. 516

19.420

ms. 1082

3.

UNIVERSIDAD DE CUENCA

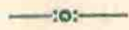
Presencia de la Poesía Cuencana



Aurelia Cordero de Romero León

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"



1954

ms. 516 (ms. 5)



AURELIA CORDERO DE ROMERO LEON

Esta maravillosa mujer tenía el don de ser triste, porque era un espíritu exquisitamente sensitivo, sensitivo hasta más allá de los límites, temblante por todo lo que era angustia o dolor en la naturaleza y en su propia naturaleza: asistía al nacimiento de la estrella y lloraba de extraña dicha... Era testigo de la muerte de la flor, pálidamente deshojada en el viento, y lloraba por la irremediable tristeza del perfume despedazado... En su alma infantil vibraban esas presencias que ponen insomnio, miedo, angustia: el doloroso desvestirse de la tarde de sus últimos colores para entrar en la noche tenebrosa; el paso sin sonido de los duendes por los cuartos oscuros en los que ni siquiera tiembla ya la lámpara frente a las bellas imágenes de las Madonnas; las voces de esos silencios tan poblados de misterios para los espíritus delicados, cuando desde la sombra nacen palideces mucho más espantosas que la sombra...

La nota de angustia, de irremediable tristeza, de muerte, es propia de su poesía... Tiembla en su verso el sentido de un más acá lleno de lágrimas y de un

más allá que hace llorar al alma... Es una vibración de la sombra, un estudio en las teclas negras del piano, un mundo de pétalos helados que perfuman intensamente desde el otro lado de su propia muerte...

La vida, esto que llaman vida y que, en definitiva, es tan sólo un cobarde irse muriendo poco a poco, le brindó toda especie de dolores... Como si no fuera suficiente el haberle dotado de un espíritu que vibraba con todo lo que era tristeza, dolor, angustia, la incurable enfermedad le postró por muchos años en la terrible constancia del lecho que hubo de parecerle preludio seguro, ensayo diario del ataúd... Entonces escribió sus Poemas de Anemia y esas llamadas a la Hermana Tormento, pidiendo descanso para su vida que fue perfume sutil, chopiniana melodía encarnada en un alma...

Me la figuro con sus bellas manos de marfil, ausentes y huérfanas de su querido piano, ya musicalizadas sólo en imposible, extendidas al día muriente, recogiendo los postreros lampos como fugaces gasas poéticas de la hora que se desmayan de tisis en el horizonte, y sintiendo luego la puñalada de la noche, sabiendo con sabiduría hondamente dolorosa que las sombras heladas acuchillaban inmisericordemente su pulcritud de artista anémica exquisita, viendo, con las hermosas pupilas perdidas en el mundo del miedo, cómo el jardín pequeño era asesinado de viento... Entonces el gemido, entonces el llanto, entonces el poema... Después, ya cuando una laxitud postraba más el pobre cuerpo enfermo, desde lo alto, el cielo prendía bondadosamente los cuatro cirios de la Cruz del Sur... Mas ni esto le era consuelo, pues al despertar-

se del desmayo, la lejana constelación temblante en los cristales de la ventana le parecía funerario rito, víspera de tierra húmeda bajo los sauces solitarios, sabor de tumba sobre la que extendía su caridad la cruz de madera que se baña de lluvia... Y el insomnio, ese terrible monstruo incoloro e intangible que puebla las pupilas de cosas que jamás conocerán quienes tranquilamente duermen su noche... Y el amanecer, para un nuevo día de presentimientos y una nueva noche de realidades anímicas angustiadas y tristísimas...

Aurelia Cordero de Romero León fue apasionada de la Música, de esa otra manera de ser de su propia nostalgia de estrellas inalcanzables... Por eso, su poesía es tan hondamente musical, esencialmente dolida como las tristezas que sus pálidas manos creaban en el piano... Cuando las manos ya no pudieron competir en blancura con el marfil que canta, cuando ya no pudo ser el vuelo quimérico de los acordes, el verso le vino a los labios angustiados y fue música más triste y dolida...

Sensitiva hasta lo inverosímil, exquisita en el sufrir, angustiada por todo y por todos, esta mujer nos dejó un tesoro de lágrimas... En el lago de su alma iban cayendo los pétalos deshojados, lo mismo los de las flores bellas, que los de las ilusiones perdidas para siempre, y he aquí que desde el agua agitada se elevaban en clamores supremos... Poetisa de su tristeza y de la tristeza de lo circundante, las pequeñas tragedias, precisamente esas que desconocen los que sienten con un sentir llamado normal, le eran naturales, casi partes integrantes de su vida... Cuántas veces un trino truncado o un ala herida le dirían lo que los pobres oídos de los demás mortales no saben oír... He-

rida por la enfermedad, veía en su alrededor todo herido por la enfermedad de lo fugaz: ya en la rosa lozana que el jardín le regalara en la mañana de sol ella contemplaba el cadáver de la flor, la mustia realidad que en la noche sería en el florero apenas una presencia tan angustiante como la de una niña muerta... Sonora a tristeza, cualquier queja del viento encontraba en ella modulación agigantada hasta lo infinito... Casi es imposible definir qué le dolía más: si su propia angustia o si la angustia de las cosas que le decían fraternidad en tristeza...

Versos son los suyos que deben leerse cuando el dolor hiere sin remedio, cuando se siente temblar la vida bajo el apagarse de todas las vanas esperanzas, cuando todo muere, hasta la quimérica idea del descanso más allá de la tumba... A su Hermana Tormento le pide y ruega que su cadáver sea enterrado hondo, muy hondo, allí donde jamás llegue la profanación... Pero la profanación no es solamente el destruir de las alfombras de flores violetas que la Madre Tierra pone sobre sus muertos, sino aún el recuerdo sin amor de los muertos, ese terrible recuerdo que es palabra y nada más que palabra: entonces, las queridas figuras que se fueron retornan para sufrir porque comprenden que todavía el mundo es incapaz de amar, incapaz de amar hasta las vidas que pasaron a las sombras... Y la Poetisa conocía y sabía mucho de estas cosas, y sabía también —terrible sabiduría— que sus versos exquisitos serían leídos por los indiferentes, por los tibios, por los que, cuando más, buscan la belleza aparente de la forma... Por esto os pido, hermanos hombres, leáis estos versos en trance de sincero dolor y tristeza, con el alma dolida de auténtico dolor de vivir, y, si tal ánimo no habéis, alejáos de este cú-

mulo de tristezas, porque vuestro pensamiento frívolo puede doler a la exquisita muerta musical...

Aurelia Cordero de Romero León es la tristeza hecha verso... Temblor de angustia, sombra iluminada de belleza, poema poblado del anémico agotarse de una vida pero con una extraña anemia eterna...

RIGOBERTO CORDERO Y LEÓN.

ALMA EN PENA

Le llaman la pobre loca...
Y es como una monja austera
que vive sólo cantando
largos psalterios de penas...

Son viejas y deslustradas
las paredes de la celda;
y en su altar sin luz ni flores,
da culto a la calavera...

Le torturan los cilicios
de la más negra tristeza,
y vaga por los jardines
las noches de luna llena...

.....
Reclinando la cabeza
sobre un manojo de espinas,
se pasa las noches negras
de tormentos y viglias...

Le llaman la pobre loca...
Sobre la baldosa fría
se la mira arrodillada,
rezando largas antifonas...

Y dicen que ya está muerta
y que es una aparecida...
Es una loca... es una alma
en pena... ¡es el alma mía!

MENSAJES A LA HERMANA TORMENTO

I

Hermana Tormento
ábreme el convento,
quiero descansar:
en el pecho siento
el hondo cansancio de tanto penar...

Por piedad, Hermana,
quiero descansar...

Guárdame una celda, la que esté lejana,
la que mire al huerto;
y ténme entreabierto,
Buena Hermana, el paso del viejo portón...

Y, si llega aquella terrible señora,
la Guadañadora,
déjala pasar:
por piedad, Hermana,
quiero descansar...

Por piedad, Hermana,
Hermana Tormento,
ábreme el convento:
quiero descansar...

Y, si llega aquella terrible señora,
la Guadañadora,
déjala pasar...

II

Hermana Tormento, zurce la mortaja,
y cuidame muerta: quiero descansar.

Vélame en la celda que esté más distante,
más oscura y triste... Y ve qué modo hay
de que no profanen mi sueño postrero,
ese del que nunca puedo despertar...

Canta, buena Hermana, canta el Miserere
con la voz más dulce... Y ve qué modo hay
de que no profanen la calma en que duerma
mi sueño final...

Sueño del que nunca podré despertar...

III

Hermana Tormento, guárdame en la caja...
Cierra con tres llaves la caja fatal...
Cierra con tres llaves la caja, mi caja;
quiero descansar...

Pónme una corona de rosas blanquísimas,
de las que en el patio crecen del hogar...
Y al sepulturero dile, Buena Hermana,
que llegó mi día para descansar...

Que me ponga hondo, muy hondo, muy hondo,
en tierra, con una dulce suavidad,
como si enterrara
un gran madrigal;
y que encuentre el modo
de no profanar
el hueco en que duerma
mi sueño final,
ese del que nunca
podré despertar...

Pero, sobre todo, repítele, Hermana,
que haya suavidad;
porque, al enterrarme,
entierra conmigo un gran madrigal...

IV

Hermana Tormento, si quieres saber
mi nombre en el mundo les preguntarás
a los jazmineros en flor de mi huerto,
a la acacia, al naranjo, al nogal...

Si quieres pregúntale también al ciprés
que vestido de luto allí está
desde que me dieron el santo bautismo
las hadas nocturnas de la soledad,
derramando hiel en mi corazón
y dejando en mi alma negra oscuridad.

Hermana Tormento... Y si nada dicen
acacias, naranjos, ciprés y nogal,
a la Madre Tristeza pregunta
por mi nombre... Mas ve qué modo hay
de que no profanen el último sueño,
ese del que nunca puedo despertar...

La Madre Tristeza, velando mi tumba,
Hermana Tormento, te responderá;
porque estuvo la Madre Tristeza
junto a la marmórea pila bautismal,
esa vez que me dieron el nombre
las hadas nocturnas de la soledad...

POEMAS DE ANEMIA

De "Vasijas Rotas"

I

Mi maceta de claveles rojos ha dado las
primeras flores... Qué apretados capu-
llos de sangre viva; qué cálices tan ver-
des... Señor, dame la sangre de los
claveles, para sentir menos anémica esta
vida que se extingue!

II

Me ha traído la enfermera dos hermosas
manzanas en un cristalillo, como acero
bruñido. Parecen de ámbar y de ama-
polas...

Dice la buena mujer que curan el mal
de los corazones... Rayos de sol alegre
penetran por la ventana, y el cristalillo
hace cabrillear a la luz entre las manza-
nas de oro y amapola... Pero, si esas
manzanas pueden curar todos los males
del corazón del mundo! ¿Curarán mi mal
de corazón, hermana enfermera?

III

Hoy han amanecido más pálidas que nunca las rosas blancas del florero que una mano cariñosa coloca todas las mañanas en mi alcoba de enferma. Parece que la luna, al cerner su luz triste por los cristales, las ha bañado de esa suave melancolía que tiene todo lo pálido, todo lo enfermo... Benditas rosas blancas, compañeras mudas de mis dolores, yo os agradezco mucho: queréis aparecer pálidas para que no envidie vuestra lozania...; queréis ser hermanas de mi frente en que el marfil retrata su amarillez enfermiza... Hermanas de mis manos afiladas y transparentes y de mis grandes ojeras de marchitez; hermanas caritativas, buenos días, rosas blancas!...

IV

Está anocheciendo. Sobre la terraza, el amigo sauce arrastra la melena melancólica. Y por entre su sombra pasa un gato gris, escuálido, triste... Tiene los ojos murientes, larga la cola y el andar lento... Cuántos días no habrá comido...! Ah, pero entonces, hermano anémico: muy buenas noches!

V

La noche ha sido pesada, larga. El médico no conoce el mal que me mata. Sobre la colcha pálida de mi lecho, mis manos caen frías, sin vida... Ya los remedios no hacen efecto alguno. En el alero veci-

no, las palomas sacuden sus alitas mojadadas de rocío... Y la enfermera me ve, y mueve tristemente la cabeza...

VI

Esta mañana, la enfermera me trae dos gorriones muertos, mutilados. Dice que los halló al pie de mi sauce preferido... El gato famélico habrá cenado anoche su cena de guillotina. Este gato anémico ¿no será, tal vez, el ánima de algún verdugo?... Hermana enfermera, hermana enfermera, ten cuidado de mi cabeza... Este gato puede ser el ánima de algún verdugo y puede haber jurado guerra a los pequeños y a los débiles...!

VII

Qué alegre he amanecido, Caridad! En el pradito fresco, salpicado de flores amarillas y de sensitivas azules, anoche traje Estrella —la vaca lustrosa— su chotillo, chotillo que es un derroche de vida. El hortelano lo sube: qué piel tan rubia y suave, qué ojos tan grandes y llenos de vida, qué lengua tan rosada, tan rosada!... Si es un montón de sangre caliente que palpita... ¿Sangre caliente?... Ah, si pudiera infiltrarla en mis venas!... Entonces se moriría de anemia el chotillo... pero viviría yo, ¿viviría?...!

VIII

El padre Dionisio, el anciano misionero, me visita. Bendice mi cuerpo enfermo, me

recomienda **resignación**, y me deja, como de recuerdo, un rosario de azabaches negros. Yo **acato** sus consejos, porque endulzan mis **dolores**; pero el rosario negro me inspira **terror**. En mis sueños de niña veía a los **mue**rtos envueltos en sábanas descoloridas, **haciendo** muecas con sus bocas **desdentadas**, y rezando con largos rosarios negros... Padre Dionisio, será que de vos se **valieron** los muertos y me mandaron este **símbolo**?...

IX

Jesusa, la **huérfana** que recogió del camino la **abacera**, ha roto la cántara; y era nueva... **Pobre** Jesusa: cómo tirita de miedo, cómo se extravían sus ojazos, cómo pretende **reconstruir** imaginativamente la cántara **rota**... Y el médico dice que, para curar **mí** corazón, evite escenas tristes... Jesusa, quién fuera tu cántara rota, para no **sentir**...!

X

Los colibríes se chupan todo el almíbar del malvavisco que ensombra mi ventana. Las pobres **flores** agachan la cabeza y se mueren de **anemia**... Hermanas muertas: ¡Buenas **tardes**!

XI

Hoy el **artista** ha traído el retrato. Dicen que esa **mujer** fui yo... No ha pasado un año desde que empezó el trabajo, y, sin embargo, **nada** queda de mí. Pero yo

amo mucho esa obra, por su delicadeza exquisita. Allí la mirada chispeante, la sonrisa de mal disimuladas alegrías y la cabeza altiva: todo habla de pasadas venturas y pasados triunfos...

Ah, si... No teniendo vida presente, tenemos que vivir la vida pasada...

FLORES NEGRAS

Las manos frías que aprietan
el crucifijo de nácar;
y sonrientes los labios,
como cuando me llamaban.

Los cirios chisporroteando,
las tocas blancas, muy blancas,
y las flores negras, negras,
esparcidas en la estancia.

Así te miré una tarde,
madrecita idolatrada,
el viento silbaba triste
y te esperaba la caja...

Por la calle de gomerós
te llevaron de mañana;
el sol doraba los campos,
el agua corría mansa...

Por la calle de gomerós
te llevaron de mañana;
y quedaron flores negras
esparcidas en el alma...

CEMENTERIO DE ALDEA

Bajo los negros cipreses
que dormidos cabecean,
se alzan las cruces humildes
del cementerio, en la aldea.

Los musgos y la hojarasca
cubren la gredosa tierra,
y del mural derruido
se van cayendo las piedras...

La puerta de marcos rotos
se queda siempre entreabierta...
Por ella silban los vientos
con un silbido de quejas...

Allí no se ven coronas,
epitafios ni leyendas;
que los labriegos son pobres
y sólo tuvieron penas...

Pero los negros cipreses
adormidos cabecean...
Y del mural derruido
se van cayendo las piedras...

Sólo los tristes cipreses,
con sus cabelleras negras,
quiere besar las cruces,
adormidos cabecean...

BALADA DE INVIERNO

Qué frío hace, madrecita!
La nieve cayendo está...
Tiritan los pasajeros
que por el camino van...

Los pajarillos del huerto
no cantan... Por qué será...?
Madre, parecen marchitas
las ramas del saucedal...

Y a mí me apena y me espanta
en tan triste soledad,
el ladrido de los perros...
Me infunde miedo el graznar

de los buhos, madrecita...
La nieve cayendo está...
Escóndeme en tu regazo,
que la noche viene ya...

TRISTEZA DE OTOÑO

En el patio, los jarrones
están volviéndose negros...
Y los árboles marchitos
ya parecen esqueletos...

Los vidrios de la casona
cubre un polvo ceniciento.
Y las palomas se arrullan
tristemente en el alero...

En el pecho, el corazón
se está muriendo, muriendo...
A lo lejos, las campanas
doblan por algún entierro...

LA MADRECITA MURIO

Está cayendo la escarcha ...
Los buhos graznas afuera ...
Y los niños, en la choza,
tiritan de frío y pena ...

La madrecita murió
una tarde amarillenta,
y dos hombres la llevaron,
caminito de la iglesia ...

La abuela se ha vuelto triste;
los chiquillos ya no juegan;
y en los álamos, el viento
está rezando una queja ...

Y sólo en el cementerio,
la tumba recién abierta,
tiene coronas de rosas,
de rosas blancas y nuevas ...

SOMBRAS QUE PASAN

Dulce amor de otras edades,
de tu dicha qué ha quedado ... ?
En el alma, sólo penas ...
y en el cofre ... Ah, calla, calla ...

Cintas blancas, flores secas,
todo un mundo de esperanzas ...
Una mujer pensativa
y un piano que no canta ...

Y, junto a la imagen bella
de la Virgen bondadosa,
un cirio medio acabado
y un ramo seco de rosas ...

MENSAJES A LA HERMANA TORMENTO

MENSAJE PRIMERO

Hermana Tormento,
la Guadañadora
ha cruzado el viento,
de ocaso a la aurora.
(Un can macilento
le ladró, al pasar
por el alisar;
y la horrible mujer con guadaña,
oh mi Hermana, mi Hermana Tormento,
desgarró la famélica entraña
del can macilento...)

Luego, largas miradas de buhos en busca de presa,
con las alas golpearon las nieblas y tinieblas blonde
el crepúsculo alzó la cabeza,
tiritando de miedo; las frondas,
como haces de nervios, vibraron angustias;
suicidóse una mar de hojas mustias;
las aguas dormidas
se escondieron en sí, doloridas;
parpadearon estrellas lejanas
sobre las solanas,
pasó toda la gracia del yermo;

y mi alma —tan triste, tan mía—
y mi cuerpo —tan laxo y enfermo—
recogieron como arpas eolias, la gran melodía
del viento...

La Guadañadora,
Hermana Tormento,
tiene el dón de volverme sonora,
cada vez que me llama en el viento...
Hermana Tormento,
cierra la vidriera que da a las barrancas...
derrama en el aire y en el pavimento
esencia de rosas que hayan sido blancas...
visteme de negro... tiéndeme en el lecho...
juntame las manos encima del pecho...
prende cuatro cirios en mi derredor;
a la cabecera pónme el Santo Cristo...
haz que el camposanto tenga el hoyo listo,
Y ensáyame, Hermana, cómo he de morir,
sin horror, sin horror, sin horror,
porque ya se me apaga el vivir...
Y, por si regresa la Guadañadora,
dile que no es hora...

Pero, oh Dios, Tormento,
¿oyes en el viento
un extraño són,
y este latir lento
de mi corazón...?

Oh mi hermana, oh mi hermana, evita
y detén la oleada del viento...
Es que viene, es que viene a la cita...
y no ensayo morirte, Tormento...

MENSAJE SEGUNDO

Yo creo en Dios, lo sabes, blanca Hermana Tormento.
El vino y el pan ázimo que da la Eucaristía
han sido mi alimento
durante todo el día...

Si vieras cuando pasan sobre mi calofrío
la sombra de la muerte,
el horror del vacío,
las rachas de la suerte...
Ay, Hermana Tormento, ay, Hermana,
mi dolor sin igual se arrodilla,
bajo el sol de la tarde cercana...

La aldea sencilla,
levantada en la paz de la orilla;
la campana que da al campanario
el sollozo diario;
y el buen cura de aldea, el buen cura
que lleva, con todo el cariño del mundo,
pan sin levadura
para el moribundo...;
blanca Hermana Tormento,
son el cuadro de toda esta hora
en que espero, sin sombra de aliento,
el beso sangriento
que ha de darme la Guadañadora...

Creo en Dios, tú lo sabes, Tormento.
Y dile al buen cura
que, cuando me traiga mañana
pan sin levadura,
para el viaje final... traiga, Hermana,
los ojos serenos, la casulla de oro,
las palabras que den menos miedo;
porque... ya no puedo,
porque... ves que lloro...

Los ojos serenos han de serenarme,
la casulla de oro debe consolarme.
Y las dulces palabras que diga,
hermana y amiga,
en el trance fatal de esa hora,
harán que bendiga
a la Hermana Tormento y a la Guadañadora...

MENSAJE TERCERO

Tormento, detente... Tormento, vigila...
Me duele la entraña...
La Guadañadora en mi misma afila
la torpe guadaña...

El dolor que siento,
qué dolor más terrible, Tormento...

Detente, vigila...
En mi mismo afila
su torpe guadaña
la Guadañadora...
Y aún no llega mi hora...

Qué horrible tormento
el dolor que siento...

No hay montaña como esta montaña
de mi sufrimiento...
La sangre no oscila,
cae la pestaña,
muere la pupila,
Dios no me acompaña...

Detente, Tormento... Tormento, vigila.
Esta noche huraña
la infame ha venido... y afila
en mi misma la torpe guadaña...

POEMAS DE ANEMIA

De "Vasijas Rotas"

Para mi hija Magdalena, quien me inspiró este
Libro donde están conuensas mis lágrimas.

AURELIA CORDERO DE ROMERO LEON.

II

Una sábana de hielo cubre las montañas
lejanas. La mañana es fría, el croar de los
sapos lo entristece todo.

En la iglesia vecina, una cortina negra se
arrastra sobre la vieja puerta; las campanas
enronquecidas doblan, tan, tan, lilán... El órgano llora, y el cantor repite:
EN ESE DÍA DE TUS IRAS, TEN MISERICORDIA, TEN MISERICORDIA... El
ataúd pobre, de un color indefinible, abraza
el cuerpo de un hombre que amó, que
sintió y que supo de la dicha y del penar
de la vida...

V

Dicen que las ondas del río han traído
anoche el cadáver de un ahogado, que es
joven. De dónde vendrá...?

Aquí nadie le conoce. El muerto duerme sobre las piedras de la ribera, mientras la gente mide su tamaño, hurgonea sus bolsillos y hunde sus dedos en la ancha herida que abre el cráneo... y por fin exclama: morir tan joven, si al menos fuera viejo!!!

VI

Una dulce amiga me trae hoy una leche más pura y blanca que los terrones de nieve... El pozuelo en que me sirve es azul, con visajes de oro, y huele todo a canela fresca... Esta leche va a curarme, parece venida del cielo: gracias, dulce amiga...

IX

Oh las sartas de cuentas doradas, verdes, rojas, rubies, lilas, tornasoles, topacios, aguas, lechosas; cómo brillan en el canastillo de adornos. El sol las cuaja de luces, y vuelven mis sueños de niña. Las cuentas de vidrio son para mí como un amuleto: las llevo siempre o las tengo entre mis manos, como un rosario de recuerdos, y el tin tin de sus cristales me transporta a mundos de luces y ensueños.

La muñeca preferida de mis juegos infantiles se adorna con cuentecillas de menudos vidrios; y las cuentas policromas me hablan de ternuras maternas, de juguetes, de horas felices.

Benditas cuentecillas...!

XII

Hoy la ciega ha dejado, por un momento, la sala de inválidos para hacerme una visita; me trae un manojo de flores amarillas y rojas, de los cactus silvestres que guarnecen las tapias. La ciega es joven; canta para distraerme una canción lánguida, un canto a los copos de nieve que deshojaron los azahares que iban a formar su corona de novia. La voz de la ciega es dulce, de un misticismo que arroba; mi alma tiritita cuando le escucho... Y, sin embargo, ella no sabe del amor y nunca ha mirado el cielo. Le sirve de lazareto una viejecita harapienta, despojo de todas las miserias, pero que guarda del pasado memorias opulentas... Siempre sonrío cuando recuerda que, antaño, junto a su heredad, un hombre rubio y hermoso, jinete en un caballo blanco, de crines sedosas, le habló de la hermosura de sus grandes ojos negros.

XIII

El médico me ha recetado un paseo por las orillas del río. Recostada en una piedra muy parda y alta, contemplo las finas randas que la espuma blanca teje sobre el césped de las orillas: sus dibujos son caprichosos y hasta quieren formar signos que una gitana pudiera tomar para sus pronósticos de dicha o de tormentos... Los alisos se han vestido de anchas hojas verdinegras. Las aguas arrastran las rosas encarnadas que yo arrojé de un ramo que la buena enfermera ha colocado sobre la

pedra donde descanso. Quiero ver si alguna llega a la orilla, pero el río envuelve a todas en sus aguas cristalinas y camina con ellas, lejos, muy lejos... Por el puente pasa una caravana alegre de gente divertida; las pisadas de los caballos y las carcajadas de los felices interrumpen el silencio del camino.

XIV

En esta noche, un cantor anónimo ha ensayado melodiosamente una canción de amor. Habla en sus estrofas de una mujer muerta que entreabrió los ojos al oír los adioses del amado. Canta con pasión infinita, y su guitarra rasga dolorosamente la quietud de la noche... Yo cubriré, le dice, a la muerta, tu sepulcro de las rosas blancas que tanto amaste, pero mírame siempre con los ojos abiertos desde el rincón frío del cementerio en donde duermes... Yo regaré con lágrimas tus geranias y geranios pálidos a que no se sequen nunca, pero mírame siempre con los ojos abiertos desde el rincón del cementerio... Yo cuidaré a tus palomas tornasoles, yo partiré con ellas las migajas de mi mesa, pero duerme siempre en el cementerio con los ojos abiertos a que me mires eternamente.

En las alturas ha llovido; el río llega crecido, hinchando sus ondas... El cantor da un registro magistral en su guitarra mora, y se aleja suspirando... El péndulo de mi reloj toca tres campanadas... Mi corazón se agita convulsivamente; y, por la puerta entreabierta, penetran las primeras luces de la mañana.

XV

Tan, tan, tilán, dan, dan... Qué tristeza de la campana aldeana... Quién ha muerto?... El anciano pálido que caminaba tembloroso y encorvado, con su herramienta de carpintero bajo el brazo. Aquel que nunca halló el trabajo que buscaba. Aquel que miraba con tanta tristeza el dorado pan que se exhibe sobre blancos manteles en las puertas de las tenduchas... Aquel ha muerto de anemia y de hambre. La viuda lacrimosa y la hija amante no han comido dos días para poder comprar una medicina, creyendo curarle... No tienen un lienzo, un cirio, ni una miserable caja. No importa: el día es espléndido, la tierra está muy caliente y le recibirá en sus entrañas maternas. Por la carretera alegre pasa un carruaje: en él, mujeres hermosas y hombres elegantes ostentan sus riquezas y gozan del placer de vivir...

XVII

Hoy tengo una visita: son dos amigas que me aman. Me traen claveles multicolores y uvas maduras... Los pequeños pomitos verdes, de un verde transparente, están repletos de ambrosía... En estas uvas voy a beber la vida y a restaurar mi anemia: gracias, queridas amigas.

Dorotea es alta, angulosa, sin pizca de donaire ni gracia; su único adorno lo constituye una larga cabellera de un rubio oscuro y hermoso. Pero su alma es blanca como las hostias, y tienen sus manos

por cada dolor una caricia. De día cuida a los enfermos desamparados, y por las noches hace labor junto a una mesa coja, y a la luz de una lamparilla anémica que ayuna siempre, como su dueña.

Pilar es pequeña, morena, con un par de ojos húmedos, como si siempre tuvieran lágrimas... Ojos de una tristeza infinita rodeados de grandes ojeras que los embellecen más... Sufre de anemia y se desmaya diariamente sobre sus bolsillos de encajera, sin concluir nunca las randas. Sin embargo, parlotean conmigo con bastante alegría; me hablan de otros seres más desgraciados que ellas, e imploran, buenas, mi socorro para esos seres...

XVIII

Por la carretera pasa una mujer que lleva en un charol de platino brillante una bellísima corona de rosas blancas entremezcladas de nomeolvides azules y petunias moradas. Una ancha cinta negra entrelaza las flores, y en la tarjeta se lee ADIOS. En un patiecito lleno de plantas escogidas, una mujer pálida, vestida de blanco con boleros negros, retuerce sus manos juntas con una convulsión de dolor infinito, y sus labios resecos conversan con la sombra del amado. Nuestro amor fue un misterio, le dice; quizá ninguno de los que nos rodeaban lo comprendieron. Pero, ¿qué importa?... Si juntos sembramos los rosales blancos, dondiegos, petunias y nomeolvides... Tú me ayudabas a traer del arroyo el agua cristalina, para mantener-

los siempre frescos; juntos contamos las hojitas de los primeros retoños. Echaban ya mis plantas los apretados botones; las primicias iban a ser tuyas, estaba ya lista la cinta de color de naranja madura para atar el ramillete, cuando supe que te morías, y hoy las flores abiertas forman la pálida corona que te envío, como recuerdo último... Y pasea sus ojos extraviados por sobre las plantas despojadas de todas las flores: —no volváis a florecer, murmura, porque ya no tenéis dueño... Y se deja caer desfallecida sobre el banquillo de césped.

La tarde agoniza en los confines lejanos, envuelta entre gasas garzas y gualdas, y sus últimos tintes iluminan las cabezas de los gomeros azules.

XX

Mi enfermera es una mujer de edad indefinible, frisa entre los veinte y cinco a treinta y dos años.

Tiene un nombre muy sugestivo, se llama María de la Caridad. Alta, morena, tiene en su rostro de una dulzura infinita el tesoro de dos hoyuelos que le besan las mejillas frescas; pero lo que subyuga en ella es el timbre de la voz: habla quitando a las sílabas las eses, y su risa es un collar de cascabeles. En lo moral es compasiva, cariñosa; tiene para mí la compasión de una verdadera hermana. Ha pasado su vida en un Asilo de huérfanas, sin halagos maternos, sin juguetes y sin caricias; y, sin embargo, cuando le leo mi

libro de memorías, al oír los pequeños capítulos sobre el amor mira a las lejanías, como queriendo ocultar algo, y sus labios suspiran.

Qué misterio habrá en esta vida?

XXI

El perro del hortelano, que desapareció en días pasados, ha vuelto. Está más enflaquecido, sus orejas pequeñas están más tiesas que nunca, sus ojos de un verde ceniciento se han vuelto transparentes, y su mano derecha, hinchada, deja ver las huellas del grueso cordón que le sujetaba. Y, sin embargo, el perro moribundo da saltos alegres junto a la enfermera, y le quita de entre las manos el pañuelo azul pálido con que iba a vendar mi cabeza dolorida... María de la Caridad llena con su risa alegre la escalera por donde persigue al perro, y yo caigo desfallecida sobre los blancos almohadones de mi lecho.

XXII

Ay, ay, hijo del alma... Quién llora? Agueda, la pobre mujer del zapatero Rufino. Con la tropa que hacía guarnición en la plaza, y que ha partido a develar una montonera, se marchó Mauricio, el mayorcito de la casa. El padre que sabe de todas las miserias, enjuga una lágrima amarga y exclama: —Mujer, qué le vamos a hacer, no teníamos pan para darle; desde hoy los chicos tendrán menos hambre, porque hay junto a la mesa un hambriento menos.

Se oye la música alegre de un acordeón, y un cantor del pueblo ahoga con su voz aguardentosa los lamentos de la madre.

XXIII

La mañana está hermosa, un sol dorado derrama torrentes de luz anaranjada. Las campanas de la torre repiquetean. La gente pueblerina trae canastillos de flores de retamas silvestres, de rosas encarnadas y amancayes. Los pebeteros de incienso elevan al cielo sus columnitas de humo oloroso. El señor Damián, Rector de la Iglesia de la aldea, se dispone a llevar la Extremaunción para un campesino. Dos labradores le ayudan a cabalgar. El caballo es de color oscuro, pequeño, de ojos relucientes y crines muy limpias; camina lentamente sin hacer ruido. El señor Damián, recogido, silencioso, siente la grandeza de su ministerio, e inspira respeto por su cabeza calva y sus modales señoriles.

La gente vecina se arrodilla. Santo, santo, santo, murmura, y junta sus manos suplicantes.

En el largo callejón de gomeros se ve derramar las últimas flores para perfumar el camino, y el ruido monótono de la campanilla se pierde a la distancia.

XXV

Hoy me siento algo mejor, este corazón perezoso ha regularizado sus movimientos. Voy a hacer labor. María de la Cari-

dad, traed el cestillo donde duermen mis ovillos de hilo verde lechuga, violetas, granates; quiero tejer una mantilla para Rosalia, la huérfana que vive con Petra, la garbosa maestra de escuela que, a pesar de su gordura descomunal, se enfunda en trajes muy estrechos y cada día extrema más su abrigo de colores chillones. Rosalia camina detrás de ella, envuelta en andrajos, y sus manecitas amoratadas por el frío mañanero tiritan convulsivas. Señor, Padre de misericordia, dame fuerzas para trabajar este abrigo que calentará a la niña desdichada... Pero si es imposible, mi cuerpo desfallece nuevamente y se me agotan las fuerzas.

XXVI

La aldea en donde convalezco se encuentra vecina a la ciudad. Es una aldeíta ribeña, el río le besa amorosamente. El río es hermoso, corre a flor de tierra formando mil cascadas pequeñas; sus aguas purísimas dejan ver las arenas del fondo, arenas salpicadas de piedrecillas rojas y azules que brillan a porfia cuando el sol derrama sus rayos haciendo un derroche de luces. Floripondios olorosos sombrean las orillas copiando en los remansos sus grandes flores blancas en forma de campanas.

Las volúvilis de un morado claro abrazan cariñosamente a los alisos oscuros; y aquí y allá, los floridos retamales cubren con su manto de amarillo regio las largas hojas de los magueyes silvestres. Viejos sau-

ces tejen guirnaldas sobre las ondas, con sus cabelleras despeinadas, y la lechosa espuma tiende a secar sus chalinas blancas sobre la mullida grama de los contornos. Santa Catalina es la patrona del risueño vecindario. Con sus casitas blancas sombreadas de gomereros azules, muchas de ellas dormidas tranquilamente sobre una hermosa carretera, la aldehuela tiene una dulce alegría y es un colmenar de gente sencilla y trabajadora. Yo vivo feliz entre ellos, si puede llamarse vida la de una mujer que, en la lozania de la edad y con un corazón de fuego, siente la anemia y vegeta recluida en una fría alcoba de enferma.

XXVII

Ana Maria es una mujer que, sin ser joven, no es vieja. Blanca como la cera del altar, sus ojos verdes parecen de vidrio y dejan ver el fondo de su alma; tiene una mania mística, y llora mucho al pie de la Virgen de los Remedios, cuyo camarín cuida solícitamente. Todos los días lleva tuberosas y amapolas pálidas para su patrona, flores que coloca en los floreros de color de mantequilla fresca con estrellitas carmesies, los que le regaló a la Virgen la hija del molinero por la salud de su madre. Pero su principal mania es la de arrojar pequeñas piedrecillas por la puerta enrejada del cementerio, llamando a todos los muertos conocidos. Cuando me visita me pregunta: y usted, Blanca, cuándo se muere?; la piedrecilla con que he de llamarle en el panteón está ya lista. Y sa-

ca de un bolsillo negro rameado de color café, una piedrecilla puntiaguda que me hace sentir el frío de la tumba.

XXVIII

Mi prima, Sor Purísima, me hace hoy una visita de Pascuas. Sor Purísima es una joven alta, de una tez transparente, sus tocacas ocultan dos ojos que rien siempre emboscados entre rizadas pestañas, su boca rosada y húmeda tiene la frescura de los melocotones maduros y su cabeza altiva guarda el sello de su orgullo natural. Le acompaña Sor Celeste, una francesa de mirada azul como el cielo de verano en las praderas nativas. Mujer bondadosa y que en su convento tiene el oficio de enfermera. Me han traído merengues blancos que saben a gloria, un rosario de cuentas pardas veteadas de rosado claro y una efigie religiosa de Santa Isabel de Hungría: allí la Santa Reina sostiene en sus manos de dedos largos y finos una primorosa jarrilla de porcelana de Sevres, de colores bajos que forman contraste con su rico manto de color granate oscuro salpicado de estrellas doradas. Un mendigo arrodillado bebe en la jarrilla de la Santa el agua de la caridad. Cuánto deseo siento de arrodillarme yo también junto al mendigo harapiento a beber esa agua de vida que trae la Reina.— Encomiéndate a Santa Isabel, me dice sor Purísima, la he escogido a que te sirva de patrona, por haber sido la protectora de mi casa solariega... Y Sor Celeste me aconseja una infusión de hierbas olorosas, mirando humildemente sus manos juntas!!!

XXIX

Hoy mi enfermera me deja para ir a la casa que yo poseo en la ciudad. Va a traerme las ramas secas de un naranjo que yo cultivaba y que murió de tristeza al ver las puertas cerradas y seco el surtidor que cantaba en el patio. Quiero ver los vestigios muertos de ese hermano que ayer era lozano como yo; quizá su madera servirá para la cruz que proteja mi tumba en el panteón de la aldea. Naranjo amigo, desde hoy nos liga el parentesco del sentimiento; también las plantas aman y sienten como los seres superiores.

XXXI

Una sábana de tristeza se extiende por las lejanías. Los vidrios empañados de mi ventana parecen de loza blanca. Frente a mi alcoba, en un recodo del sendero, un gomero joven todavía sacude lánguidamente su cabeza canosa envejecida por el hielo que la secó. Pobre árbol, sobre su cuerpo lozano, su cabellera gris le hace avergonzar ante sus hermanos que ostentan cabelleras azules como los besos de las hadas.

XXXV

Hoy, entre María de la Caridad y Lágrimas, han colocado en la terraza mi poltrona de enferma: quieren que reciba un baño de sol. Van a estar junto a mí mis tiestos de geranios pálidos, mis preferidos, y mis verbenas morenas que, como chiquillas locas, danzan con sus florecitas

menudas y alegres sobre la tierra húmeda. Cuánta delicadeza la de estas almitas pequeñas; cómo comprenden mis enfermedades lo que yo amo. Muchas veces las pequeñas chispillas de diamantes brillan más que los diamantes grandes. Desde la terraza se deja ver el prado donde Estrella amamanta al pequeño chotillo. El hortelano le ha puesto un collar rojo para librarle, con un amuleto, de los ojos malignos, mal que temen mucho los campesinos de mi tierra porque les diezma los chotillos. Yo caigo en un dulce sopor, mis miembros entorpecidos se calientan, y empiezo a soñar que el médico ha descubierto mi enfermedad, que soy la Blanca de otros tiempos, y que me vuelvo a la ciudad llevándome a todos los desdichados de la aldea para hacerles felices.

XXXVI

En la casa de la ciudad quedó el ídolo de mi alma, mi piano; el amigo que lloró tantas veces conmigo, el confidente que supo de los misterios de mi vida. Todavía sus teclas duermen con los últimos ayes de MI PLEGARIA, en donde condensó mi alma enferma todas sus nostalgias, todas sus dichas trucas, todos sus martirios lentos. Parece que si una alma cariñosa evocara al pulsar sus cuerdas esta santa memoria, el piano hablaría el mismo idioma que habló la última noche de mis adioses, cuando una enfermedad lenta quitó el movimiento a mis manos dejándome toda la música en el alma.

XXXVII

Herminia, la linda y joven viuda del recluta que murió en el camino frío del sur, tiene, como única dote de su pobre matrimonio, dos niñas menuditas y delicadas como su madre. Dorita cuenta cuatro años y Teresita empieza recién a abandonar los pañales.

Herminia hace calados de japa toquilla para canastillos y sombreros, pero vende sus trabajos primorosos por la mitad del precio justo, porque el hambre de las huérfanas no puede esperar que se concluyan, y los vende sin acabar la labor.

Un día, Herminia marcha a la ciudad, dejando a Dorita al cuidado de su hermana. La niña arrastra a Teresita al arroyo cercano y se entretiene embarcando papelititos blancos en el agua. Se olvida de la pobre pequeña y ésta cae de bruces en el arroyo, ahogándose en un momento.

Herminia llora desesperada e implora en las casas de la ladea un óbolo para enterrar a la triste huerfanita. A los tres días, la viuda desaparece sin saber por dónde. Dora queda en completo desamparo. La mujer del juez y la del enterrador echan suertes para saber quién se lleva a la desdichada criatura.

XXXVIII

Qué hermosa la mañana, si parece hoy la Pascua Florida de los huertos y jardines;

cómo hila el sol hilillos de luz sobre los campos. Como si una reina con su séquito de damas hubiera pasado, dejando caer al descuido sus ricos mantos de grana, sobre las tapias, los geranios silvestres y las pasionarias entrelazan sus flores vistosas, coloreando los contornos. Los gorriónes pardos picotean el rosado claro de las florecillas del melocotón, y los frondosos capulies exhiben broche de perlas en apretados botones. También yo canto un canto de la tierra florida, juntando mis manos enflaquecidas. Ay!, si para mi alma lánguida y mi cuerpo enfermo viniera Pascua Florida!!! Salve, salve dulce esperanza, salve...

XXXIX

Cuando vine a Santa Catalina, aldea ribeña del río Nevado, llamado así por la blanca espuma que forman sus aguas, traje la dulce esperanza de la convalecencia; pero la triste realidad me ha sumido en un amargo desaliento. Tres cosechas han dado los maizales; los frutos negros de los capulies han alegrado tres años la mesa de los campesinos; y las flores de los naranjos se han vuelto tres veces carnosas pomos de oro. Pero este corazón mío siempre perezoso, estas venas siempre anémicas, no cantarán nunca la Pascua de la Resurrección. Serás siempre, pobre Blanca, hermana de tus azucenas, de tus rosas y de todas tus flores pálidas, servirás para formar con ellas las coronas fúnebres del Día de Difuntos.

LXII

La pobre Matilde, la niña trabajadora y dulce, vuelve hoy qué triste de la ciudad. En el mercado de sombreros, sus hermosos trabajos de paja toquilla que forman finos arabescos no se compran. Dice la gente que decayó el negocio. Su cestilla vuelve vacía, sin provisiones para la semana... y el frasco de comprar remedios para la madre enferma no sabe de qué sabor fue la bebida recetada. En vano sus manos pequeñas se entumecieron con el agua fría que suaviza la paja al elaborar el sombrero, en vano robó a sus ojos cansados el sueño en las largas y solitarias veladas; el negocio decayó; el hogar quedará sin lumbre, la madre enferma sin remedios. Que no sepa mi madre, murmura, y ocultando la labor que ha robado a sus mejillas las rosas de la salud y a sus noches el reposo, sale desconsolada por las calles de la aldea en busca de auxilio. Le acompañan su juventud sin amparo y su pobreza sin nombre. Mientras tanto, la desgraciada madre a quien consume una larga enfermedad se queja en su miserable lecho... Imagen dulce del amor filial, hermana anémica que tan joven conoces todos los dolores, Matilde, azucena blanca, yo te saludo desde mi lecho de dolor y de agonía diaria.